



ANDROIDE KARENINA

LEV TOLSTÓI Y BEN H. WINTERS

Para muchos, *Ana Karenina* es la novela más grande de la Historia. Ahora, la memorable saga de amor y traiciones se transporta a una Rusia decimonónica mucho más asombrosa: un universo que retumba con potentes motores alimentados a groznio, donde las jóvenes bailan suspendidas en el aire, donde unos lobos mecánicos combaten junto a los soldados más valientes, y donde unos robots milagrosos y adorables hacen compañía a todos los que pertenecen a la alta sociedad. Desesperada por forjarse su propio destino en esta sociedad tecnologizada, la audaz Ana Karenina deja atrás un matrimonio sin amor y, acompañada de su androide, se zambulle en las aguas de la pasión junto al atractivo conde Vronsky. Pero cuando su escandaloso romance se ve envuelto en las malvadas intrigas de unos futuristas villanos, se produce un caos que amenaza con destruir sus vidas, sus familias y, quizás, todo el planeta Tierra.

Nota sobre los nombres

Los nombres rusos consisten en tres partes: el nombre de pila, el patronímico (derivado del nombre de pila del padre), y el apellido. Así, el primer personaje que es presentado es Stepan Arkadich Oblonski: Stepan [Esteban] es su nombre de pila, Arkadich el patronímico, y Oblonski el apellido. Pero con frecuencia le llaman por su apodo, «Stiva».

Los robots de Categoría I y II también utilizan una nomenclatura consistente en tres partes: un número romano para describir su categoría, una designación de su función y una indicación del modelo. Así, el Samovar/1(8)/I es un artículo de Categoría I, diseñado para preparar y servir té, cuyo número de modelo es 1(8).

Los robots de Categoría III son conocidos universalmente por el apodo que les ponen su amo o su ama.

Personajes principales en Androide Karenina

Stepan Arkadich Oblonski (Stiva), un caballero moscovita, y el **Pequeño Stiva**, el robot Categoría III de Stiva.

Daríá Alexándrovna Oblonskaia (Dolly), la esposa de Oblonski, y **Dolichka**, el robot Categoría III de Dolly.

Ana Arkadievna Karenina, hermana de Oblonski, y **Androide Karenina**, el robot Categoría III de Ana.

Alexéi Alexándrovich Karenin, marido de Ana.

Serguéi Alexeich Karenin (Seriozha), hijo de los Karenin.

Konstantín Dmitrich Levin, viejo amigo de Oblonski, y **Sócrates**, el robot Categoría III de Levin.

Nicolái Dmitrich Levin, hermano de Levin, y **Karnak**, el robot Categoría III de Nicolái.

Ekaterina Alexándrovna Shcherbatskaia (Kitty), hermana de Dolly, y **Tatiana**, el robot Categoría III de Kitty.

Príncipe Alexander Dmitrievich Shcherbatski, padre de Kitty y de Dolly.

Princesa Shcherbatskaia, madre de Kitty y de Dolly, y **La Shcherbatskaia**, el robot Categoría III de la princesa.

Conde Alexéi Kiríllovich Vronski, un héroe de guerra, y **Lupo**, el robot Categoría III de Vronski.

Condesa Vronski, madre de Vronski, y **Tunisia**, el robot Categoría III de la condesa.

Elizaveta Fiodorovna Tverskaia (Betsy), prima de Vronski y amiga de Ana, y **Darling Girl**, el robot Categoría III de Betsy.

María Nikolaievna, la compañera de Nicolái Levin.

Madame Stahl, una dama de la alta sociedad y destacada xenoteóloga.

Varenka, una chica pobre al servicio de Madame Stahl.

Yashvin, amigo y compañero de armas del conde Vronski.

Vassenka Veslovski, un caballero de la alta sociedad.

Mía es la venganza;
yo daré lo merecido.

PRIMERA PARTE

Un estallido en el cielo

1

Todos los robots que funcionan se parecen entre sí; pero cada robot que deja de funcionar falla por un motivo específico.

En casa de los Oblonski reinaba la confusión. La esposa había descubierto que su marido tenía una relación sentimental con la joven francesa que había trabajado para ellos como *mécanicienne*, encargada del mantenimiento de los robots Categoría I y Categoría II de la casa. Sorprendida y horrorizada por semejante descubrimiento, la mujer había anunciado a su marido que no podía seguir viviendo bajo el mismo techo con él. La situación duraba ya tres días, y no sólo el marido y la esposa, sino todos los robots de la casa estaban profundamente afectados por ella. Los de Categoría III eran conscientes del malestar de sus respectivos amos, y los de Categoría II pensaban, a su rudimentario nivel, que no era lógico que los tuvieran a todos amontonados, y que las máquinas destinadas al desguace, arrinconadas como chatarra en la Planta de Tratamiento de Robots en Vladivostok, tenían más en común entre sí que ellos, los servomecanismos de la familia Oblonski.

La esposa se negaba a abandonar sus aposentos: el marido hacía tres días que no aparecía por casa. La Institriz/D145/II, cuyos circuitos de instrucciones estaban irremediablemente trastocados, llevaba tres días dando clase a los hijos de los Oblonski en armenio en lugar de en francés. El Lacayo/C(c)43/II, un autómeta por lo general muy fiable, anunciaba a voz en cuello visitas inexistentes a todas horas

del día y de la noche. Los niños correteaban sin control por toda la casa. Un Cochero/47-T/II había atravesado la recia madera de la puerta de entrada montado en un trineo y había destruido a un Protector Horario/14/I, uno de los objetos más preciados del padre de Oblonski.

Tres días después de la disputa, el príncipe Stepan Arkadich Oblonski —Stiva, como le llamaban en el mundo de la alta sociedad— se despertó a las ocho de la mañana, no en el dormitorio de su esposa, sino en la unidad de confort Categoría I, climatizada y dotada de oxígeno, en su estudio. Le despertó el habitual y estrepitoso *cataplón cataplón* de los pies de unos robots calzados con botas pisando la nieve, al tiempo que un regimiento de guardias 77 avanzaba a paso de marcha por la avenida frente a la casa.

«Nuestros incansables protectores», pensó complacido, bendiciendo al Ministerio mientras volvía su fornido y bien cuidado cuerpo para sumirse de nuevo en un sueño prolongado. Abrazó con energía la almohada al otro lado y sepultó el rostro en ella; pero se incorporó bruscamente, golpeándose su rotunda frente contra el techo de cristal de Confort/6/I, y abrió los ojos.

De repente recordó que no dormía en el dormitorio de su esposa, sino en su estudio, y el motivo: la sonrisa se borró de su rostro y frunció el ceño.

El Pequeño Stiva, el compañero robot Categoría III de Stepan Arkadich, entró alegremente en la habitación sobre sus cortas piernas accionadas por pistones, portando las botas de su amo y un telegrama. Stiva, que aún no estaba preparado para acometer sus deberes cotidianos, pidió a su Categoría III que se acercara un poco más, tras lo cual se apresuró a oprimir tres botones debajo de la pantalla rectangular situada en el torso del Pequeño Stiva. A continuación se recostó con gesto sombrío en el Confort/6/I, mientras cada detalle de la disputa con su esposa aparecía en el monitor del Pequeño Stiva, iluminando la desdichada situación de Stiva y, peor aún, la falta que había cometido.

—Sí, ella no me perdonará, no puede perdonarme —se lamentó Stepan Arkadich cuando la Memoria finalizó. El Pequeño Stiva emitió una exclamación tranquilizadora y dijo:

—No se desanime, amo, quizá le perdone.

Stiva despachó con un ademán las palabras de consuelo.

—Lo más terrible es que es culpa mía, yo he tenido la culpa, aunque no soy culpable. Ése es el meollo de la cuestión.

—Desde luego —convino el Pequeño Stiva.

—¡Ay, ay, ay! —gimió Stiva desesperado, mientras el Pequeño Stiva se acercaba sobre sus piernas motorizadas, inclinaba el torso de su cuerpo menudo y achaparrado 35 grados hacia delante y restregaba su cabeza en forma de huevo en un gesto gatuno contra el vientre de su amo. Stepan Arkadich reactivó la Memoria sobre el monitor y contempló desolado la parte más ingrata: el primer minuto, cuando, a su llegada del teatro, contento y de buen humor, portando una magnífica pera para su esposa, la encontró en su dormitorio contemplando el fatídico comunicado que lo revelaba todo.

Ella, su Dolly, siempre pendiente y preocupándose de todos los detalles domésticos, supervisando a la *mécanicienne*, limitada en sus ideas, estaba sentada inmóvil mientras Dolichka, su monitor Categoría III, mostraba el incriminatorio comunicado. Miró a su marido con una expresión de horror, desesperación e indignación. Dolichka, pese a la redondeada simplicidad de sus formas, parecía tan trastornada como su ama, y sus ojos circulares de color melocotón relucían furiosos en su placa facial ovoide color plata.

—¿Qué es esto? —inquirió Dolly señalando nerviosamente las imágenes que aparecían en el torso de Dolichka.

Como pasa a menudo, a Stepan Arkadich, más que el hecho en sí le enojaba la forma en que había reaccionado a las palabras de su esposa. Lo que le ocurrió en ese instante es lo que suele ocurrirles a las personas cuando las pillan

en algo profundamente vergonzoso. No consiguió adaptar la expresión de su rostro a la situación en que quedó ante su mujer cuando ésta descubrió la falta que había cometido. En lugar de mostrarse dolido, negar los hechos, defenderse, implorar su perdón, mostrar incluso una actitud indiferente —cualquier cosa habría sido mejor que lo que hizo—, su semblante asumió de forma totalmente involuntaria (un reflejo de la columna vertebral, dedujo Stepan Arkadiich, quien, debido a su trabajo en el Ministerio, conocía la sencilla ciencia de la respuesta motora) su habitual sonrisa jovial y bobalicona. Lo que es peor, el Pequeño Stiva emitió unos ruiditos nerviosos, indicando con toda claridad una serie de pensamientos culpables.

Dolly se estremeció como aquejada por un dolor físico, soltó con su característica vehemencia una andanada de crueles epítetos y salió apresuradamente de la habitación, seguida por Dolichka, brincando de forma neumática tras ella. Desde entonces Dolly se había negado a ver a su marido.

—Pero ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? —preguntó éste al Pequeño Stiva con gesto de desesperación, pero el pequeño Categoría III no tenía una respuesta.

2

Stepan Arkadich era un hombre sincero en sus relaciones consigo mismo. No era el tipo de persona que dice a su Categoría III pequeñas mentiras para tranquilizarse, y el Pequeño Stiva estaba programado para consolar, pero no para ofrecer o confirmar sus impresiones deshonestas. De modo que Stiva era incapaz de fingir que se arrepentía de su conducta, ni ante sí mismo ni ante su Categoría III. En estos momentos no podía arrepentirse del hecho de que él, un hombre de treinta y cuatro años, apuesto y susceptible al amor, no estaba enamorado de su esposa, madre de cinco hijos vivos y dos muertos, sólo un año menor que él. De lo único que se arrepentía era de no haber logrado ocultárselo a su esposa. Pero sentía la dificultad de su situación y lo lamentaba por su mujer, sus hijos y él mismo. Es posible que de haber imaginado el efecto que su descubrimiento tendría en su esposa habría procurado ocultar mejor sus pecados. Había supuesto vagamente que su mujer sospechaba desde hacía tiempo que le era infiel, pero había preferido no darse por enterada. Incluso había supuesto que ella, una mujer ajada que ya no era joven ni hermosa, que no poseía ninguna cualidad singular o interesante, tan sólo la de ser una buena madre, debía, por un sentido de justicia, adoptar una actitud indulgente. Pero había ocurrido todo lo contrario.

Puso en marcha distraídamente la Caja Galena, confiando en que el suave movimiento del artilugio Categoría I

producido por los delgados paneles de groznio tendría su habitual y saludable efecto sobre su estado de ánimo.

—¡Es terrible! —dijo Stepan Arkadich al Pequeño Stiva, que repitió como un eco «*¡terrible, terrible, terrible!*» desde su Vox-Em, pero a ninguno se le ocurría una solución—. ¡Con lo bien que iba todo!

—*Con lo bien que se llevaban* —observó el Categoría III asumiendo su acostumbrado papel de reconfortante compañero y confidente.

—¡Se sentía tan feliz y contenta con sus hijos!

—*¡Usted no se metía nunca en sus cosas!*

—Dejaba que se ocupara de los niños y de los Categorías I y II, como ella deseaba. Reconozco que es un mal asunto que la otra trabajara de *mécanicienne* en casa.

—*¡Sí, malo! ¡Muy muy muy muy malo!*

—Hay algo grosero y vulgar en coquetear con la *mécanicienne* de la familia, en mancharse los puños de grasa, como suele decirse. ¡Pero qué *mécanicienne*!

Respondiendo sin vacilar a la petición implícita de su amo, el Pequeño Stiva activó su monitor con un halagador Recuerdo de Mademoiselle Roland: sus ojos negros y pícaros; su sonrisa; su figura insinuándose a través de su mono plateado.

Stiva suspiró, el Pequeño Stiva hizo lo propio, y ambos murmuraron al unísono: «¿Qué vamos a hacer?».

El Pequeño Stiva poseía una función comunicativa empática relativamente avanzada, comparada, por ejemplo, con Dolichka, el Categoría III de Dolly, cuyo Vox-Em apenas era capaz de producir unas pocas frases, pero por otra parte tenía unos accionadores finales dotados de un uso más avanzado. Los breves apéndices que brotaban del centro del torso del Pequeño Stiva no cumplían su función, consistente en asir y manipular objetos, con la perfección que cabía desear. Sus cortas piernas funcionaban bien sobre sus pistones, pero el Categoría III de Stiva era a todos los efectos un torso y una cabeza muy hábiles. En los momentos de

pique o cuando se burlaba de él en tono jovial, Stiva le llamaba su pequeño y diligente samovar.

Tras emitir un profundo suspiro que hizo que se dilatara su poderoso y desnudo pecho, Stepan Arkadich se acercó a la ventana con su habitual paso decidido, girando sus pies, que soportaban su corpulenta figura sin mayores problemas, hacia fuera. Subió la persiana e indicó al Pequeño Stiva que le trajera su ropa y sus botas y activara el Acicalador/943/II. El autómatas Categoría II se puso en marcha, desdoblando y extendiendo desde los costados de su cuerpo del tamaño de una sombrerera unos «brazos» largos y planos mientras avanzaba hacia Stiva sobre sus gruesos pies dotados de ruedas. Cuando Stiva se instaló en su cómoda butaca y alzó el rostro y el cuello, uno de los accionadores finales del Categoría II produjo una espesa crema de afeitar, mientras en el otro aparecía una reluciente navaja de barbero plateada.

Mientras el Acicalador/943/II enjabonaba con cuidado las mejillas y la barbilla de Stepan Arkadich, el Pequeño Stiva emitió tres pitidos agudos y metálicos: en ese momento llegaba un comunicado. Stiva indicó a su querido compañero que se lo mostrara, y al cabo de unos instantes en su rostro se dibujó una expresión de alegría.

—Mi hermana Ana Arkadievna llega mañana —dijo observando durante unos momentos el sendero rosado que el eficiente accionador final del Acicalador/943/II había abierto a través de sus largos y rizados bigotes.

Cuando el comunicado de Ana Arkadievna concluyó, toda la pantalla frontal del Pequeño Stiva se iluminó intensamente, y su reluciente cabeza en forma de huevo comenzó a girar rápidamente sobre su cuerpecillo. Al igual que su amo, el autómatas había comprendido la importancia de este hecho, esto es, que Ana Arkadievna, la hermana por la que Stiva sentía gran cariño, quizá consiguiera propiciar una reconciliación entre marido y mujer.

—¿Sola o con su esposo? —preguntó el Categoría III.

Cuando Stiva abrió la boca para responder, el Acicalador/943/II emitió un alarido agudo y penetrante como una tetera cuando el agua empieza a hervir y le clavó la navaja en el labio superior, causándole un corte tan profundo que Stiva apartó la cara y soltó un grito.

—¡Ay, ay! —chilló de dolor mientras de la herida manaba un hilo de sangre caliente que le cayó en la boca y se deslizó por su cuello. El Categoría II volvió a emitir un alarido ensordecedor al tiempo que su accionador final que sostenía la navaja se disponía a infligir a su amo un segundo corte. Stepan Arkadich alzó débilmente las manos ante su rostro, tratando de protegerse los ojos y apartar la desagradable nube de perfume dulzón que el Acicalador/943/II rociaba desde el tercer compartimento situado en la base de su torso. El Categoría II dirigió su accionador final manchado de sangre directamente hacia el rollizo cuello de Stepan Arkadich, hiriéndole en la nuez y estando a punto de sajarle la arteria carótida.

Stepan Arkadich se puso a gritar como un poseso a través de la barahúnda provocada por los febriles pitidos del Categoría II.

—¡Este chisme se ha estropeado! ¡Tiene intenciones malévolas! ¡Pequeño Stiva!

Pero el Pequeño Stiva, programado de acuerdo con las Leyes de Hierro para defender a su amo incluso más allá de su propia destrucción, ya se había puesto en marcha. El leal Categoría II se inclinó hacia delante en un ángulo de cuarenta y cinco grados y se lanzó como una pequeña bala de cañón contra la estructura de metal negra del robot averiado. Embistió al Acicalador/943/II, derribándolo al suelo y arrojándolo al otro lado de la habitación, donde se estrelló contra la superficie de cristal de la unidad de confort.

—¡Bravo, pequeño samovar! —exclamó Stepan Arkadich a través del pañuelo que oprimía sobre su labio en un intento un tanto infructuoso de restañar el chorro rojo que manaba de su rostro.